

y la historia imparcial y justa vengará ciertamente su memoria de las calumnias groseras encubiertas con el disfraz de la lisonja, mostrándolo á la posteridad tal como fué, á saber: ministro de inmenso talento, de honrados y rectos propósitos, de ideas liberales, dotado moral é intelectualmente de cuantas circunstancias son necesarias á los jefes parlamentarios y los hacen propios á regir con prudencia y moderacion el gobierno de los pueblos en tiempos bonancibles y serenos; pero inferior á circunstancias tan extraordinarias y terribles como las en que se halló y que fueron parte á extraviarlo, haciéndolo caer en los abismos de la debilidad y estrellarse en los escollos de la violencia.

BELTRAN BARÈRE.

I.

Las *Memorias de Beltran Barère* publicadas por Carnot y David de Angers (1) forman un libro digno por muchos conceptos de fijar el ánimo de las personas consagradas al estudio de la historia; pero más principalmente porque son á manera de protesta escrita por quien se supone haber sido víctima de la malevolencia de sus contemporáneos, y que representó principalísimo papel en sucesos de la mayor importancia. Por lo que á nosotros respecta, dispuestos nos encuentra y atentos á escucharlo, porque nada es más útil á la sociedad ni más meritorio, ni puede sernos tampoco más grato, que hacer justicia á los bienhechores de la humanidad calumniados y perseguidos de ella en pago de sus obras, y menesterosos de ayuda. Por esta causa, hemos estudiado cuidadosamente y con suma prolijidad el escrito de apelacion, ó sea la interminable apologia

(1) *Mémoires de Bertrand Barère*, publiés par MM. Hippolyte Carnot, membre de la Chambre des Députés, et David d'Angers, de l'Institut: précédés d'une notice historique par H. Carnot, 4 vol., Paris, 1843.

de Barère, ántes de fallar, y despues, sabiendo á qué atenernos en todo, vamos, con el auxilio de Dios, á desagraviar la verdad y á hacer justicia.

No estará demas dejar consignado que no comparece sólo el litigante, sino que, al acudir á la barra de la opinion pública, lo hace con dos testigos de mucha cuenta, siendo el primero M. Hipólito Carnot, de la Cámara de Diputados é hijo del célebre Director, y el segundo David de Angers, del Instituto frances, famoso escultor, y discípulo predilecto, si nuestras noticias son exactas, del pintor homónimo suyo, aunque no su pariente. Ambos declaran que Barère fué hombre de grandes merecimientos y muy maltratado, y que, si tuvo defectos, cosa que no pretenden negar, tampoco, teniendo en cuenta las circunstancias que lo rodearon y las flaquezas propias de la humanidad, podrá desconocerse que, cuando ménos, fué persona digna de aprecio. Al público toca, que no á nosotros, decidir con pleno conocimiento de causa si al asociar sus nombres al de Barère los editores han defendido á su cliente ó agraviándose á sí propios.

Diremos tambien, ántes de entrar en materia, que al abrir el libro que nos ocupa, nos hallamos exentos y libres de preocupaciones contra Barère, y que si desde hacía mucho tiempo teníamos formada mala opinion respecto de él, como quiera que ni la pasion ni el interes nos obligaban á perseverar en ella, sino la razon, todo podia destruirse por obra de la razon. Y á fin de que nada nos quede interiormente, añadiremos que nunca hemos creído provechosa en modo alguno á la fama de Barère la publicacion de sus *Memorias*, estando como estamos persuadidos de que no le sería posible impugnar con éxito los cargos gravísimos que pesan sobre él.

cosa que sus editores reconocen, y de que á lo sumo, tal vez sólo consiguiera sincerarse de ciertos crímenes, y atenuar ciertas faltas de cuya culpabilidad no le fuera fácil eximirse. Pero no por eso nos sentíamos inclinados á la severidad, sabiendo que tentaciones como aquellas á que se hallaron expuestos los convencionales y los individuos del Comité de Salud pública, hubieron de ser fuertes y poderosas aun para hombres de firme y verdadera virtud; y tan predispuestos estábamos á la indulgencia, que hubiéramos incurrido por ella en el exceso censurado de los moralistas, pues á nuestro parecer, siempre la merecen los errores cometidos en el fragor de la lucha por los más nobles y generosos caracteres cuando se dejan llevar de la corriente irresistible de la simpatía y del inmoderado y mal dirigido patriotismo.

II.

Inspirados en estas ideas hemos leído el libro, comparándolo con otras relaciones de los sucesos en los cuales representó Barère primeros ó segundos papeles, y vamos á exponer el resultado de nuestras investigaciones, empezando por decir que ni en la historia ni en la fábula se ha hecho nunca mencion de hombre ni demonio alguno que haya logrado acercarse tanto como él al ideal de la perversidad consumada en todas sus manifestaciones, porque cuantas partes son eficaces á mover naturalmente al odio y al desprecio de quien las reúne, se hallan en él íntegras, sin menoscabo, sin mezcla de bien, puras, por decirlo así, en su propia corrupcion, en perfecto equilibrio y formando conjunto

armónico y completo. Ciertamente es que Barère ha tenido émulo en casi todos los ramos especiales de la depravacion; que han existido muchos hombres muy sensuales; muchos cobardes y sanguinarios, y no pocos embusteros; pero ninguno más refinadamente vicioso; ninguno que á la cobardía y la crueldad uniera tanta degradacion y tan poca vergüenza, y ninguno capaz de mentir como él; ninguno sobre todo que poseyera en su plenitud lascivia, cobardía, bajeza, cinismo, infamia, barbarie, ferocidad y cuantos defectos son imaginables á un tiempo mismo, amalgamados, confundidos, formando partes integrantes de su sér, como Barère, personaje que á no haber existido, ántes parecería producto fantástico de la imaginacion que no de la naturaleza; tipo de perversidad que vaga errante y solitario en la sucesion de los tiempos, sin que sea posible hallarle compañero que combarta con él la execracion de la historia.

III.

Injusto sería ciertamente de nuestra parte juzgar á un hombre que se halla en la situacion de Barère con arreglo á los principios de la moral más severa. Persuadidos de esto, hemos formado nuestra opinion comparándolo á sus mismos colegas de la Montaña, y en ningun modo al canceller d'Aguesseau, al general Washington, á Mr. Wilberforce, ni á lord Grey, y áun así, áun habiendo sido la Montaña una colectividad de malvados, ninguno de sus individuos se le parece; porque al lado de Barère, Fouché se antoja hombre de bien, y Billaud humano, y Hébert casi digno. «Todos los jefes de partido, excepto Barère,

dice M. Hipólito Carnot, han tenido apologistas; unos justifican á los girondinos, otros á Danton, otros deifican á Robespierre; sólo Barère na quedado sin defensa.» Pero es fácil, á nuestro parecer, explicar este fenómeno, pues consiste sin duda en que los demas jefes de partido tuvieron algunas buenas cualidades, y en que Barère no tuvo una sola; que los hombres de Estado girondinos compensaron con exceso sus culpas á fuerza de ingenio, de valor, de patriotismo y de filantropía, debiendo bastar esto á preservarlos del ultraje de ser comparados á esa cosa inmundada que se llamó Barère, y que si Robespierre y Danton fueron dos malvados, en ambos algo habia en verdad que no estuviera completamente corrompido. Danton era bizarro y animoso, dado á los placeres, avaro de poder y honores, de principios relajados y pasiones ardientes, pero en posesion todavia de algunos restos de hidalgos y elevados impulsos; capaz de cometer grandes crímenes, pero capaz tambien de amistad y compasion. Natural es que haya encontrado admiradores entre los hombres atrevidos y de temperamento sanguíneo. Robespierre, á su vez, era vano, envidioso y desconfiado, de corazon duro y malo, nervioso por extremo y de carácter tétrico y sombrío; pero es innegable que fué desinteresado en el sentido vulgar de la palabra, que su vida privada fué buena, y que se consagró sinceramente á realizar sus principios morales y políticos. Natural es tambien que haya encontrado admiradores entre los demócratas honrados, hipochondriacos y doloridos. Pero si no se ha visto que ningun bando político haya osado tomar bajo de su égida la fama de Barère, consiste lisa y llanamente en que careció en absoluto, no ya de virtudes, sino hasta de los léjos y vislumbres de una sola siquiera.

IV.

Cierto es que no dió Barère muestras de ferocidad en un principio; pero esta misma circunstancia lo es agravante, á nuestro parecer, de su conducta posterior. Porque hay naturalezas desgraciadas, fatalmente sometidas á pasiones violentas, hombres que tienen hiel por sangre, y á quienes así es propio pronunciar palabras acerbadas y dar muestras de crueldad, como á los perros de mal genio gruñir, enseñar los dientes y morder, siendo mayor desventura nacer con tan terrible y aciaga enfermedad, que sordo ó ciego. Pero si quien logra dominar un carácter semejante, y conducirse por regla general respecto de aquellos que se hallan bajo su dependencia con justicia y cordura, da muestra de imperio sobre sí mismo que redundará en gloria de la filosofía y de la religion, y ejemplo digno de las más grandes alabanzas; por el contrario, el hombre dotado de pacíficas inclinaciones naturales, que va lenta y gradualmente progresando en el mal, comenzando por hacer sufrir á sus semejantes, primero con indiferencia, con afición despues, y, por último, con placer horrible, merece ser declarado tipo de perversidad, y eso fué Barère.

La historia de la decadencia de Barère forma un tratado de los más instructivos. Era débil, cobarde y mudable al principio de su vida, y su mejor cualidad el carácter; y aunque poco prometían estos materiales, con elementos de tan escasa importancia la religion y el honor han hecho mártires y héroes; que los principios de la moral sirven á los espíritus débiles como los corsés á los cuerpos que los han

menester. Pero á Barère le faltaban en absoluto, y por tanto, así carecía de fuerza natural como adquirida, de tal modo, que nunca hemos hallado ni en el trato corriente de la vida ni en los libros tipo más instable, más completamente falto de energía, más incapaz de ideas independientes y de verdaderas preferencias, ni más dispuesto siempre á impresionarse y á desimpresionarse. Parecía una planta trepadora que necesita de asirse y apoyarse en algo para prosperar, y que cae tan luego le falta el sustentáculo; porque Barère, del propio modo que la hiedra no puede levantarse sola como la encina, ó la vid como el cedro, tampoco podía servir una causa y permanecer firme sin apoyo. Es más: supuesto su modo de ser, no era posible que, áun rodeado de las circunstancias más propicias y bien dirigido en todo, pudiera vivir sin deshonorarse, y, sin embargo, el frágil esquiso que por efecto de la podredumbre de sus materiales habría corrido peligro de zozobrar en las tranquilas aguas de un estanque, se halló de improviso en alta mar, en medio de furiosa tempestad que arrojó á los arrecifes de la costa numerosa escuadra de grandes y sólidas naves de alto bordo, viéndose así de improviso el más débil, corrompido y servil de los hombres en el trance de representar papel en una revolucion tremenda que trastornó por completo el mundo civilizado. Primero, cayó bajo el imperio de hombres moderados y humanos, y habló el lenguaje de la templanza y de la filantropía; mas luego se vió rodeado de espíritus ardientes y atrevidos á quienes no era parte á contener peligro ni escrúpulo ninguno, y pudiendo ser en la medida de su voluntad víctima ó cómplice suyo, no vaciló en la eleccion. Probó la sangre y no le repugnó; volvió á probarla y le pareció

néctar de los Dioses, y por tal manera, la crueldad, que comenzó por ser hábito en él, se tornó en pasión y acabó por ser monomanía; degenerando tan rápida y completamente su naturaleza, que pocos meses despues de la época en que gozaba fama de ser bueno, se habia familiarizado tanto con el espectáculo de la desesperacion y de la miseria de sus semejantes, que lo contemplaba con el deleite que advertia el poeta florentino en los demonios que miraban hervir el estanque de pez fundida en Malebolge. No le faltaron acólitos en el crimen; pero aventajó á todos en diabólico empeño por la destruccion de sus semejantes; se bañó en sangre noble, por decirlo así, y embriagado con ella, reia y lanzaba gritos salvajes de guerra y de alegría sin dar de mano á la matanza, y aullaba canciones y brincaba de gozo en medio de la hecatombe. Mas de repente le fué contraria la fortuna, y cayó desde las alturas del poder á los abismos de la desgracia y de la infamia, y la violencia del golpe le restituyó la calma luego al punto, disipando los vapores nauseabundos de su embriaguez. Entónces pudo verse cuán arraigado estaba el mal en su corazon, porque la disciplina de la desgracia, que corrige á otros malhechores, en él fué acicate para desbocarlo en el camino de la perversidad. El poder habia desarrollado en su alma vicios feroces que ni siquiera sospechaba, y la pobreza y la pérdida del valimiento vinieron á su vez á desarrollar los gérmenes latentes de otros vicios, acaso ménos odiosos, pero más despreciables, y despues de haber puesto miedo al mundo con los crímenes cometidos bajo la máscara del celo por la libertad, se tornó en el más vil instrumento del despotismo. Tanto fué así, que aún no siendo empresa fácil la de clasificar

sus vicios, todo bien considerado, puede afirmarse que su bajeza fué superior á su crueldad y más acrizolada todavía.

V.

Esta es la opinion que siempre tuvimos de Barère; pero ántes de leer sus *Memorias* lo juzgábamos con la desconfianza de un magistrado que no ha oido sino una de las partes, y aún cuando nuestras conclusiones parecian asentadas sobre sólida base y en algunos puntos indestructibles, como ignorábamos qué alegaría en su defensa el acusado, y además no tenemos la costumbre de considerar en ningun caso á nuestros semejantes cual si fueran ángeles de luz ni de tinieblas, casi nos sentíamos movidos á sospechar que se hubieran exagerado sus infamias. Pero la duda ya no existe, ni es posible tampoco, en vista de la defensa escrita por Barère, el cual ha consagrado á ella cuarenta años de su vida y cuatro volúmenes; porque sería verdaderamente absurdo suponer que no refuta por falta de tiempo ni de espacio todo cuanto es susceptible de refutacion. ¿Ha refutado mucho? se ocurre preguntar. Nada. Barère no se cura siquiera de la mayor parte de las acusaciones que pesan sobre él, siendo necesario, por tanto, juzgarlo en rebeldía. Lo cierto y averiguado es que nada parece más insignificante y mezquino que su relacion de las grandes transacciones públicas en las cuales tomó parte; y que mientras no da noticias y detalles nuevos en órden á las operaciones del Comité de Salud pública, en compensacion trata largamente de muchas cosas sucedidas ántes de salir él y de volver á entrar en la oscuridad. No es esto

lo peor ni lo único tampoco, sino que tan luégo da de mano á escribir naderías sólo sabe mentir; ¡pero de qué modo! porque si quien no ha estado en los trópicos no sabe qué cosa sea el trueno y el rayo, y quien no ha visto el Niágara sólo puede tener idea remota de qué cosa sea una catarata, quien no ha leído las *Memorias* de Barère, no sabe qué cosa es la mentira. En efecto, si entre las numerosas especies que componen el gran género *Mendacium*, el *Mendacium Vasconicum*, ó sea la mentira gascona, goza por derecho propio y adquirido desde hace luengos siglos fama merecida de ser extraordinariamente impúdica y circunstanciada; entre las *Mendacia Vasconica*, la *Mendacium Bareriarum* es sin duda ninguna el ejemplar más hermoso, rico y opulento de cuantos conocemos, y eclipsa con su exuberancia otras *Mendacia* que ántes contemplábamos llenos de admiracion.

A decir verdad, M. Carnot ha cometido lamentables equivocaciones en esta materia, pues no siendo posible suponer que sepa ménos que nosotros la historia de la Convencion, la cual debe de interesarle por extremo á título de frances y de hijo de revolucionario, debia comprender que hay entre los hechos más importantes consignados en la obra que nos ocupa muchos tan falsos, que el mismo Durante de Corneille, ó el Scapin de Molière, ó el M. de Crac de Collin d'Harleville se habrian avergonzado de afirmarlos. Y áun cuando nada se halla tan léjos de nuestro ánimo como hacer responsable á M. Hipólito Carnot de la falta de veracidad de Beltran Barère, siendo él quien ha puesto en orden sus *Memorias*, presentándolas al público precedidas de un prefacio lleno de alabanzas, y ofreciéndolas á título de documento de gran valor histórico, des-

pues de ilustrarlas de notas copiosas, nos parece que al obrar así ha contraído ciertas obligaciones cuyo alcance no comprende, toda vez que deja pasar, sin correctivo, á la sombra de su nombre, las mayores y más trapaceras monstruosidades.

Bastará indicar á nuestro propósito dos ejemplos de la falsedad voluntaria y reflexiva de Barère, á saber: sus relaciones de la muerte de María Antonieta y de los Girondinos. Hé aquí cómo dá cuenta del primero de los sucesos enunciados: «Robespierre, á su vez, propuso la expulsion de los individuos de la familia Capeto y el juicio de María Antonieta para ante el tribunal revolucionario; mejor habria hecho consagrando su atencion á los asuntos militares propios á reparar en lo posible los desastres ocurridos en Bélgica y á contener el progreso de los contrarrevolucionarios del Oeste.» (1)

VI.

Sabida cosa es que María Antonieta compareció ante el tribunal revolucionario, no á solicitud de Robespierre, sino contra su voluntad. En prueba de nuestro aserto, sólo citaremos un testimonio; pero será irrecusable. Bonaparte, que no tenía el más leve motivo para ocultar la verdad, que podia saberla, y que despues de su casamiento con la archiduquesa María Luisa deseaba naturalmente averiguar todas las peripecias del proceso de aquella reina desventurada con cuya familia se habia unido, dice de una manera indubitable que Robespierre se

(1) *Mémoires de Barere*, tomo II, página 312.

opuso al proceso (1) de María Antonieta. ¿Quién fué, pues, el hombre que propuso la expulsión de la familia de Capeto y el juicio de María Antonieta? Los números del *Moniteur* de los días 2, 7 y 9 de Agosto de 1793 lo declaran con la extensión debida, diciendo que á 1.º del mes y año indicado un orador enviado por el Comité de Salud pública dirigió á la Convencion un discurso muy largo y de mucho estudio, preguntando en lenguaje vehementísimo en qué consistía que los enemigos de la República pudieran alentar esperanzas de triunfo. «¿Acaso consistirá esto en que ya se ha borrado de la memoria de las gentes el extenso catálogo de los crímenes de la austriaca? exclamó el orador. ¿Acaso, prosiguió, dimana esto de indiferencia respecto de la familia de nuestros antiguos tiranos? Tiempo es ya, ciudadanos, de abandonar esa política de inercia, y de arrancar de una vez y para siempre hasta las últimas raíces de la realeza del suelo de la República: en cuanto á los vástagos de Luis, el conspirador, nada más digo sino que son rehenes de la República, y que habrán de quedar reducidos á lo estrictamente necesario al sostenimiento de dos individuos. Perded cuidado, que no se disparán los caudales públicos en mantener y vestir seres harto tiempo tenidos por semi-dioses. Pero detras de esos niños se ampara la Capeto, que ha sido la causa de todos los males de la Francia, y cuya participacion en cuanto proyecto han tramado los conspiradores contrarrevolucionarios es pública y notoria desde hace mucho tiempo. La justicia nacional extiende á ella sus atribuciones y pide sea llevada tan perniciosa mujer ante el tribunal que juzga á los demas.

(1) *Voix de Sainte Hélene*. O'Meara, t. II, p. 170.

conspiradores; que solo descargando sobre la Austriaca el peso de venganza inexorable, hareis sentir á Francisco, á Jorge, á Carlos y á Guillermo (1) el castigo de los crímenes de sus ministros y de sus ejércitos.» El orador terminó su arenga proponiendo que María Antonieta fuese inmediatamente procesada; que al efecto se la trasladase sin pérdida de tiempo á la Conserjería, y que todos los individuos de la familia de Capeto, excepto aquellos que se hallaban *sub judice* y los dos hijos de Luis, fueran desterrados; aprobándose la proposicion en el acto.

Pero ¿quién pronunció este discurso y presentó esta proposicion? se preguntará. Barère mismo. Y como es evidente que Barère atribuye su cobarde insolencia y su barbarie feroz á un hombre inocente, á decir verdad, de crimen tan odioso, por más que haya podido cometer otros, fáltanos averiguar si la memoria le fué infiel con tal motivo, ó si mintió de propósito deliberado.

Tenemos el intimo convencimiento de que mintió de propósito deliberado, por varios motivos; pero, aparte de esto, afirman los editores que su memoria era felicísima, siendo necesario, en rigor, que la tuviera muy mala para no recordar un hecho de tanta magnitud, por más que, habiendo tomado parte activa en una multitud de otros asesinatos, la muchedumbre de sus crímenes fuera ocasionada tambien á confundir unos con otros, y á olvidar en la hecatombe diaria que así él como sus compañeros enviaban á la muerte cuyas fueran las víctimas de cada cual. Sin embargo, dos son las razones principales que nos obligan á no dar crédito á su olvido de la participacion que tuvo en el asesinato

(1) Emperador de Austria y reyes de Inglaterra, España y Prusia.—N. del T.